

3. PARÁBOLA DEL TRIGO Y LA CIZAÑA

«En aquel tiempo, Jesús dijo esta parábola: El Reino de los Cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras dormían, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó. Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga apareció también la cizaña. Entonces fueron los criados a decirle al amo: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña? El les dijo: Un enemigo lo ha hecho. Los criados le preguntaron: ¿Quieres que vayamos a arrancarla?

Pero él les respondió: No, que podríais arrancar también el trigo. Dejadlos crecer juntos hasta la siega, entonces, diré a los segadores: Arracad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla y el trigo almacenadlo en mi granero» (Mt 13,24-43).

EL EVANGELIO, según San Mateo, expone tres importantes parábolas sobre la cercanía del Reino, la de la cizaña, la de la levadura y la del grano de mostaza.

Como vimos en la parábola del sembrador, también la del trigo y la cizaña aporta una explicación, pero, la parábola y la explicación difieren en su grado de tradición: la primera es de Jesús, la segunda pertenece a la comunidad.

La parábola señala la existencia en el campo de buenos y malos, sin embargo, el hombre no tiene la capacidad de discernir entre esa bondad y maldad. Trata de responder a una exigencia presente en la comunidad primitiva y, ya vivida antes, en el momento histórico de Jesús. Se advierte que la comunidad estuvo siempre agitada por el problema del escándalo sobre los pecados cometidos después del bautismo; debatía si se debían perdonar tales pecados. Al respecto, es significativo este consejo del Apóstol: "Nada juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, que iluminará los escondrijos de las tinieblas y declarará los propósitos de los corazones (1 Co 4,5). Se ve, que muy pronto aparece la tentación de la rigidez fanática.

Existen siempre "siervos impacientes" que intentan anticipar el juicio de Dios; pero eso no es un acto que corresponda hombre; no puede, no sabe juzgar; no conoce la medida ni el misterio de Dios. Es Dios quien establece la hora y el modo; el bien y el mal deben llegar a sazón, a su plenitud. Para San Pablo, ello se realizará en lo que llama la "parusía". La presencia de la cizaña no constituye una sorpresa, ni es sobre todo señal de fracaso. La Iglesia no es la comunidad de los salvados y de los elegidos, sino el medio de salvación y siempre está abierta a todo el que se acerque y busque la salvación.

El punto nuclear de la parábola no reside simplemente en la presencia de la cizaña, ni en el hecho de la posterior separación del trigo y la cizaña. El centro está en la decisión de permitir que crezca con el trigo. Es lo sorprendente, lo que suscita el escándalo de los obreros; precisamente, esa es la política de Dios, esa su paciencia, su infinito y previsor misterio, no entendido por el hombre.

Considerada desde el punto de vista de Jesús se perciben otros aspectos. En su tiempo, alentaba el movimiento fariseo, que se tenía por el pueblo santo, muy alejado de la gente común, tildada de pecadora. Adyacente a este, se daba el movimiento de Qumran, que, en su idea de oposición y separación, de rígida santidad, exigía el rechazo de los impuros. Al mismo tiempo, concurría la predicación propia del Bautista (Mt 3,12), que, en su función de Precursor, anunciaba al Mesías, que haría la criba del grano y la maleza. Y, en esto, viene Jesús y parece hacer lo contrario de las expectativas, no rechaza a los pecadores, sino que come y va con ellos, e, incluso, se salta la ley, opresiva para el pueblo, los llama a su discipulado, tiene en su círculo a las mujeres y, hasta, admite a un traidor. Se ve que los zelotes, fariseos y Qumran pretendían un Reino de elegidos, puros y limpios, en que brillase la santidad de la exclusión. Ya Amós hace una crítica despiadada al Pueblo elegido, cuestionando y desmontando todas sus

seguridades de hombres religiosos, de modo que cambia el calificativo de "elegido" por el de maldito. En cuanto religiosos, quiere decir Jesús, sois cizaña y, por ello, tampoco sois necesarios; otros fructificarán y darán una gran cosecha.

En este contexto, se comprende la oportunidad y la fuerza polémica de la parábola. Jesús no predica una actitud moral, ni hace una exhortación a la práctica de la virtud, sino, una exposición teológica sobre la teoría política que Dios aplica en la administración del Reino, una política, extraña para el hombre, que se fundamenta en la paciencia, en la tolerancia, en la espera, sin prisas, del arrepentimiento y la conversión. Jesucristo expone su mensaje, el Reino ha llegado, aunque Israel no se convierta y sigan danzando y encizajando los pecadores y sectarios. Se oponen dos órdenes religiosos, los hijos del Reino y los hijos del Maligno, que son el nuevo y el viejo pueblo, pero en cuanto religiosos, no se trata de una división entre buenos y malos, sino de dos tipos piadosos, diferentes. Los seguidores de Jesús son los hijos del Reino y los viejos judíos, los fundamentalistas, los hijos del Maligno (cfr. Jn 8,39-47). Todos son religiosos (cfr. Jn 16,2), pero, religión y religioso no son conceptos unívocos.

Jesús advierte a los discípulos del riesgo de ponerse en guardia y erigirse en jueces de la conducta ajena; sin compararse con los demás ni juzgar a nadie, han de ser, sin más, buena semilla, crecer y madurar en espigas de abundancia. Por lo que, les enseña, que la realidad del Reino de Dios no estriba en sus criterios y juicios personales y que, en el Reino de Dios caben todos, es universal.

La segunda parábola los invita a ser levadura, la fuerza transformadora del mundo, del medio ambiente y de todo hombre y ser, que tenga y viva en el entorno del discípulo. Jesús parece decirles, fijaos más bien en el poder de la levadura que fermenta toda la masa desde dentro. El Reino crece no como una masa pura y no contaminada, sino como un bloque que va siendo fermentado, crece y agranda. Y, en la tercera parábola, explica que el Reino es como la más pequeña de las semillas que crece y se hace un arbusto donde anidan los pájaros del cielo, donde van a entrar judíos y gentiles, todos los hombres del mundo.

El crecimiento del trigo, la fuerza de la levadura y del grano de mostaza, sólo se explican porque el Espíritu Santo se halla presente en toda semilla la palabra del Reino. El Espíritu ilumina el entendimiento con la verdad, lo fortalece, aunque siga rodeado de cizaña, y proporciona al discípulo la savia y el valor de ser testigo de la fe.

"El que tenga oídos, que oiga"; por tratarse de un proverbio-reto, choca tal expresión de Jesús para con los suyos. Puede ser una llamada de atención para abrirse a la comprensión de la Palabra y a entender que nunca el Pueblo de Dios se rige por directrices semejantes a la humanas. "Abriré mi boca diciendo parábolas; anunciaré lo secreto desde la fundación del mundo", con esta cita, Mateo afirma que, en Jesús, se cumple la Escritura y que la parábola es el mejor lenguaje para hablar del Reino de Dios.

Camilo Valverde Mudarra